

LA PERSONA Y EL FIN DE LA EDUCACIÓN

Stella Maris Vázquez
CIAFIC -CONICET

Resumen: Se plantea el tema del fin inmanente de la educación y el logro de la personalidad psicológico-moral, tomando como punto de partida el concepto de naturaleza como principio de especificidad, unidad y finalidad y la necesidad de una apertura teológica en la consideración existencial del tema.

El desarrollo de la personalidad se presenta en relación constitutiva con el proyecto de vida que cada hombre va gestando a partir de conocimientos y valores de orden natural y sobrenatural que le permiten, a través de sus elecciones y renunciaciones, concretar su yo ideal.

Breve curriculum:

STELLA MARIS VAZQUEZ: Licenciada en Filosofía, Profesora de Pedagogía, Bachiller en Teología. Pertenece al CIAFIC desde 1973 y es miembro de la carrera del Investigador Científico del CONICET en la categoría de investigador independiente. Desarrolla funciones de docencia y asesoramiento en instituciones privadas. Es Directora de la carrera de Ciencias de la Educación en la Universidad Católica de La Plata.

CIAFIC: Federico Lacroze 2100, (1426) Buenos Aires, ARGENTINA.

TELEFAX: (+54 11) 4776 0913 / 4777 5280

e-mail: postmaster@ciafic.edu.ar

Un rasgo característico de los actuales planteos pedagógicos es la ambigüedad en el tratamiento del concepto de fin de la educación, concepto, que, sin embargo, tiene un lugar central en la teoría y acción educativa, puesto que obviamente, como ya lo señalaba Aristóteles, en el orden del actuar los principios son los fines.

Un análisis de las causas por las que el tema del fin ha perdido su lugar excedería este espacio, pero al menos cabe señalar la influencia determinante de la filosofía que ha puesto el devenir por encima del ser y de la psicología que ha puesto la función por encima del sujeto último de atribución de las operaciones y de los principios próximos de éstas; como también la de la psicología crítica que ha convertido la subjetividad en una construcción social y, como tal, la considera siempre exclusivamente desde lo contextual. Estas influencias confluyen para hacer desaparecer de las llamadas ciencias humanas el concepto de naturaleza como triple principio de especificidad, unidad y finalidad.

Precisamente, el punto de partida de un planteo filosófico realista de la educación es la concepción del sujeto de la educación: del hombre considerado en su naturaleza y en las dimensiones propias, que se siguen de esa naturaleza. A su vez, ya que la filosofía de la educación es filosofía práctica, debe tomar al sujeto en su condición existencial, tal como esa naturaleza existe en concreto, ante todo en la

situación de naturaleza caída y redimida y luego todo lo que se sigue de esa situación. De allí la necesaria apertura a lo que la Revelación aporta al conocimiento del hombre. Esto no implica el dejar de distinguir los planos epistemológicos, a saber, el conocimiento propio de la razón natural y el conocimiento que parte de la Fe.

La apertura a que se alude lleva a plantear una teología de la educación, donde tendrán su lugar propio la dimensión sobrenatural del sujeto y la consideración del fin de la educación desde los datos de la Revelación.

La finalidad última -la causa final- es el desarrollo inmanente de ese sujeto que opera y su proyección, transitiva, en el actuar y en los resultados objetivos de ese actuar (en los ámbitos de lo social, lo cultural, lo religioso, según se consideren las direcciones y términos posibles de lo transitivo). A partir de la determinación del fin deberán plantearse los objetivos de la educación en tanto éstos son fines intermedios.

La fuente para la determinación de estos objetivos es doble: el sujeto, en sus diversas dimensiones educables y la realidad en sus múltiples formalidades, que dan lugar a la constitución de diversas ciencias.

Lo que, visto desde el proceso, se considera causa final, coincide, en su logro, con la causa formal: la cualidad estable accidental que actualiza la naturaleza a través de la actualización de las capacidades, cualidad que consiste en el logro de la personalidad, como estructura de hábitos. Y si lo consideramos existencialmente, desde la situación del hombre, de pecado y de gracia, podemos y debemos decir que el fin inmanente de la educación es el hombre santo

A su vez, el desarrollo de las capacidades remite al tema de los contenidos, que no son nunca neutros y se hallan en el ámbito de la naturaleza o la cultura.

Así, se plantea el tema de la cultura como causa formal extrínseca y la relación entre educación y cultura en relación con la cuestión antropológica de los **objetos propios** de las capacidades.

En efecto, en la medida en que las capacidades se definen por su ordenación trascendental a objetos propios, que son aspectos o dimensiones de la realidad que actualizan las capacidades humanas, esto configura el primer criterio de selección y ordenamiento jerárquico de contenidos educativos, que son, precisamente aquéllos que van a desarrollar al sujeto en la línea de sus fines connaturales y perfectivos.

Se entiende por fin inmanente el resultado del proceso educativo que permanece (*manere in*) en el sujeto y lo cualifica interiormente.

Ese fin último personal inmanente, como se señaló, es el logro de la personalidad psicológico-moral-sobrenatural¹ (en virtud de la apertura al ámbito

¹ El concepto y los elementos para la definición están tomados del Cgo. L.M. ETCHEVERRY BONEO, (1948) *Curso de Pedagogía*, pro-manuscrito, Bs.As.

teológico, antes aludida).

Cabe hacer notar que nos situamos aquí en un plano dinámico, el del operar, por eso hablamos de personalidad, que es un resultado de dicho operar. En cambio, en el plano óntico hablamos de la persona, como la realidad del sujeto singular, en acto primero, que sustenta y es fuente del operar.

Se cualifica a la personalidad como psicológico-moral, pues en todo acto el sujeto se define éticamente, a partir del objeto de su acto. Definimos a la personalidad como una *configuración estable de todas las capacidades en torno a un fin que opera como valor unitivo interior y de conducta y por eso jerarquiza esas capacidades y da al sujeto y a su actuar un perfil singular y una eficacia real.*

En esta definición, como se advierte, hay elementos que asumen la función de "materia", en sentido filosófico, como principio determinable: las capacidades del sujeto. Su correlato es el principio determinante, o formal, que está dado por el fin, **en cuanto asumido**, como más adelante se analiza.

La primera parte de la definición explicita, entonces, los elementos esenciales; la segunda enuncia como **notas propias** de la personalidad, tres consecuencias que se desprenden necesariamente del principio formal: unidad, sello propio, eficacia.

El primer elemento es, pues, la actualización de las capacidades, el desarrollo de cada potencia con su objeto propio. Esta ordenación de cada capacidad a su objeto propio, que es un **dato** del análisis antropológico, es lo que permite utilizar el concepto de personalidad no sólo en el campo psicológico sino, trascendiendo éste, en el de la ética y la teología moral; pues el objeto propio define y cualifica la capacidad, haciendo posible que su desarrollo pueda ser calificado como **bueno** (o malo).

Dicho desarrollo debe cumplir con las condiciones de ser integral, jerárquico y unitario:

- integral: de todas y cada una de las capacidades,
- jerárquico: con una jerarquía que viene dada por la ubicación ontológica del objeto y por la naturaleza de cada potencia que determina una subordinación entre esas potencias de modo que algunas de ellas resultan instrumentales respecto de la operación de las otras. Es evidente, en este punto, que la elevación de la naturaleza al orden sobrenatural cualifica de modo radical tanto el objeto propio cuanto el ejercicio de cada capacidad: por las virtudes teologales el hombre se hace capaz no sólo de conocer, amar y confiar en Dios Uno y Trino, Padre, Hermano, Maestro interior; sino de conocer y relacionarse de modo esencialmente distinto con los demás hombres y con las realidades temporales.
- unitario: porque no es el desarrollo de una suma de capacidades sino de *un* sujeto.

Esta nota de **unidad** está considerada en algunos sistemas de psicología, como el elemento **esencial** de la personalidad. Aquí lo tomamos, sin embargo, como una consecuencia, en razón de que la estructura (configuración o *gestalt*) de una personalidad no es ni meramente formal, ni estática: no es formal porque la unidad se gesta a partir de un **contenido** fundamental: el **fin** del operar. Y por ello mismo no es estática. En efecto, dado que la estructura está constituida por potencias operativas, la unidad está dada por el fin, que es, por una parte, captado, concebido intelectualmente como **verdad** de la propia vida y, por otra, propuesto a la voluntad como meta. Así, el fin en cuanto conocido, recibido afectivamente y asumido valorativamente por la voluntad, se convierte en un **valor** configurador de la personalidad. Ese valor, fin último lo concreta la Revelación como Dios Encarnado, Jesucristo, que al asumir una naturaleza humana la ha llevado a su plenitud y se constituye, por tanto, en causa ejemplar concreta de todo desarrollo personal.

Se insiste en el carácter *interior* de este elemento configurador, para indicar que la constitución de la personalidad no depende de lo exterior², no es una función del ambiente, sino de la libertad, de su acto radical de decisión frente al fin, decisión que es, ante todo, por las realidades finitas o por Dios, por el horizonte temporal o por el eterno.

Por último se habla del *perfil singular* y de la *eficacia*, como *consecuencias* de esa estructura estable interior y no como lo que define la personalidad. La singularidad de la personalidad tiene como fundamento psicológico las diferencias individuales, que, a su vez, son expresión de la unicidad del acto de ser de cada sujeto, que realiza participadamente la naturaleza común de la especie y halla su último fundamento en la elección y llamada singular que Dios hace a todo hombre y que convierte la vida en *misión*.

La eficacia es resultado inmediato de la unidad: en cuanto todas las fuerzas, todos los dinamismos operativos tienden en la misma dirección, se evita el conflicto, se multiplica la potencia operativa.

La relación entre fin, unidad y eficacia puede ser ilustrada mediante una analogía con el concepto de "polígono de fuerzas", propio de la física.

En efecto, la personalidad es un sistema dinámico, compuesto por potencias, dinamismos operativos que tienen un punto de aplicación, una dirección, un sentido y una intensidad. En la medida en que todas las capacidades del sujeto tienden al mismo fin, van en la misma dirección y sentido; la intensidad de cada una de ellas no sólo se suma -como en los sistemas de fuerzas físicas- sino que se potencia: un fin discernido por la inteligencia como verdadero, que es a la vez elegido libremente por la voluntad, tiene poder de incidir positivamente en el mundo afectivo de las emociones y sentimientos y desde allí generar "temples vitales", es decir actitudes permanentes que van comunicándose al resto de las capacidades (imaginación, memoria, apetitos sensibles,

² Como podría resultar en concepciones como el Conductismo, el Funcionalismo y en general las diversas formas de sociologismo.

etc.) y por esa vía se va gestando la unidad interior y de conducta.

La analogía no es identidad: el punto clave de distinción es que en el caso de la personalidad las fuerzas son dinamismos **humanos**: no se mueven por inercia ni desde el exterior sino desde la conciencia y libertad, que, en el plano natural, es el origen último de las fuerzas. En el orden sobrenatural hay que tomar en consideración la relación que se establece entre Gracia y libertad.

Esta analogía que hemos introducido obliga a hacer una referencia a las llamadas "teorías homeostáticas" de la personalidad, en las cuales

"el dinamismo psíquico del hombre se considera frecuentemente como una tendencia al equilibrio y al reposo. Es la ruptura del equilibrio lo que provoca la tensión y la actividad; esa actividad tiene por objeto restablecer el equilibrio"³.

Este modelo homeostático tiene como idea subyacente un reduccionismo biológico en la concepción del hombre. En efecto, en el nivel biológico, toda una serie de procesos y dinamismos tienen lugar como respuesta a desequilibrios y por lo tanto son formas de restablecer las condiciones del medio interno.

Sin embargo, como señala el mismo autor:

"Si se considera, por el contrario, el dinamismo humano en su conjunto, impresiona más bien otro aspecto. El dinamismo no consiste solamente en reducir la tensión creada por la ruptura del equilibrio orgánico; el rasgo más impresionante de él es que hay en el hombre un impulso constructivo que tiende a lograr nuevas realizaciones, rompiendo así el estado de reposo o de equilibrio tan pronto como se lo ha logrado. [...] lo que reclama nuestra atención en el estudio del dinamismo humano; la propiedad más característica de éste es la imposibilidad de resignarse al 'reposo': la potencialidad activa de construcción 'personal' y de realización de sí mismo [...]"⁴

Esto nos lleva a considerar la tesis central de la concepción del desarrollo de la personalidad de J. Nuttin, que relaciona el desarrollo constructivo con la tensión interna y el yo ideal.

Es un hecho de experiencia que el dinamismo psicológico humano no es unidireccional: en la medida en que hay más de un nivel de necesidades que responden a la complejidad de estratos ónticos⁵ en la naturaleza humana, el conflicto

³ J. NUTTIN, (1972) *El psicoanálisis y la concepción espiritualista del hombre*, Buenos Aires, EUDEBA, p.227.

⁴ *Ibíd.*

⁵ *Ibíd.*

forma parte del desarrollo normal y es expresión del impulso a la superación que, por una parte, está íntimamente vinculado a la función cognoscitiva y, por otra, se halla dirigido por la "imagen ideal" que cada hombre construye de sí mismo, en el curso de ese desarrollo y como resultado del "encuentro" o interacción entre aspiraciones y valoraciones de origen endógeno y modelos sociales y culturales.

Nuttin define el yo ideal como el proyecto ideal que el hombre elabora para sí: "[...] un proceso en virtud del cual el individuo hace 'suyo' lo que descubre como valor [...]"⁶.

Es decir que esta tendencia constructiva que rompe el equilibrio brota de un dinamismo que expresa, por una parte, la complejidad de niveles de la naturaleza humana y, por otra, su no-necesaria convergencia, por lo menos en el punto de partida.

En ese proceso juega un papel importante la función cognitiva que va permitiendo la presencia de contenidos referidos a distintos planos de la realidad natural social incluso de orden metafísico, como la idea de Dios, la obligación moral, como también de la realidad sobrenatural que presenta la Revelación.

La distancia entre el yo real y el yo ideal es una fuente del conflicto normal, que nace de la tendencia constructiva del desarrollo psicológico-moral del hombre, ya mencionada.

El conflicto puede también tener su origen en dinamismos cuyos objetos son divergentes y, por lo tanto, la satisfacción de uno exige posponer la satisfacción, por lo menos inmediata, de otros. En este caso la tensión que se genera exige **opciones** y, correlativamente, **renuncias**, que son las formas específicamente humanas de resolver el conflicto, conduciendo a la integración de la personalidad a través del ejercicio de la libertad que se define en relación con el fin elegido.

El concepto nuttiniano de **integración** coincide con lo que hemos designado antes como gestación de la **unidad** de la personalidad.

En palabras de Nuttin:

"En el curso de ese proceso de desarrollo integrador el hombre tiene en cada instante una elección que hacer. Tiene que elegir entre la satisfacción de ciertas necesidades en una u otra línea de dichas potencialidades. Casi siempre se ve precisado a renunciar a esto para conseguir aquello, tiene que combatir contra algo para obtener otra cosa. [...] Por el reiterado consentimiento a satisfacer determinadas necesidades y por la no satisfacción de algunas otras, se desarrolla casi siempre el dinamismo humano en ciertas direcciones privilegiadas. Unas potencialidades presentes en la personalidad son explotadas en tanto que otras quedan sin aprovechar. Se buscan

⁶ J. NUTTIN, *Ob.cit.*, p.146.

concientemente ciertos objetos, haciendo ellos surgir nuevas orientaciones dinámicas, en tanto que no se otorga satisfacción a otros deseos. Por eso, muchas potencialidades llegan a perder gran parte de su vigor inicial, mientras que otras se desarrollan con fuerza. Es decir, se realiza una canalización de las necesidades y de las potencialidades activas. En virtud de esa canalización el comportamiento humano se desarrolla en determinadas direcciones, quedando otros senderos casi sin frecuentar. Así ciertas posibilidades reales de desarrollo desaparecen o se atrofian progresivamente, porque no dan lugar a una actividad que corone el éxito, es decir, a una actividad en la línea de las aspiraciones del sujeto."⁷

En el centro de este proceso se halla el concepto de yo ideal, que coincide con lo que en nuestra definición llamamos **fin** asumido y que otros autores identifican como fin existencial, proyecto de vida, etc.

Nuttin lo define diciendo que:

"[...] ese Yo-ideal no es más que la personalidad humana misma en cuanto trasciende al individuo animal. El contenido de ese Yo-ideal se constituye naturalmente, con los valores que encarnan originariamente los padres."⁸

Y agreguemos que ese yo ideal, para un cristiano, debería ser, como enseñaba el Padre L.M. Etcheverry Boneo, la versión personal que cada uno tiene que dar de Jesucristo, el propio camino de santidad que haga realidad el lema paulino "vivo yo, no ya yo, Cristo vive en mí".

Esta imagen ideal dirige el desarrollo de la personalidad hacia la integración de los dinamismos de los que surge la conducta, incorporando contenidos nuevos en cada nueva etapa de la vida, mediante las funciones cognitivas y conativas⁹, de una naturaleza que no se halla en estado puro, sino caída o sanada y potenciada por la Gracia.

El desarrollo será normal con la condición de que dicha imagen ideal constituya lo que Nuttin llama un "yo ideal realista", que se da cuando éste es compatible con las verdaderas posibilidades del sujeto y de su realización en el medio social concreto en que éste se desarrolla.

Por otra parte la constitución de un Yo-ideal realista exige tomar en cuenta

⁷ *Ibid.*, pp.150-151.

⁸ *Ibid.*, p.146.

⁹ Se llaman respuestas conativas a las que surgen de la dimensión afectivo-tendencial, es decir: son los actos propiamente afectivo-sensibles cuanto los volitivos. Según la psicología cognitiva lo conativo abarca los aspectos motivacionales y ejecutivos de la conducta.

todas las dimensiones de la naturaleza humana, y aquí tiene un lugar importante el educador, que debe ir haciendo posible su reconocimiento y expresión, mediante la adecuada presentación del objeto propio de cada una de las capacidades y dimensiones de dicha naturaleza¹⁰. Sólo sobre esta base de un adecuado reconocimiento del orden natural es posible la apertura al orden sobrenatural y a la vez, sin que en esto haya contradicción alguna, la recta disposición a recibir la Gracia posibilita el desarrollo *pleno* de las potencialidades naturales.

El proceso de integración de la personalidad tiene tres fases fundamentales: La primera de ellas es la aceptación íntima de sí, del conjunto de potencialidades propias, así como de las limitaciones. A partir de ello el sujeto puede iniciar un camino de desarrollo normal. La segunda fase es llamada por Nuttin "socialización de la personalidad" e implica que el sujeto hace suyas las posibilidades del medio socio-cultural, las reconoce con realismo.

La fase decisiva es la de la unificación de la esfera íntima -lo que Nuttin llama "conciencia íntima"¹¹- con la del desarrollo social de la personalidad. En esta fase, todos aquellos contenidos y dinamismos que no han podido integrarse en la línea de desarrollo activo del yo ideal, pierden su energía, se tornan inactivos y tienden a desaparecer.

En la caracterización de esta fase se advierte con claridad que el proceso no es meramente psicológico, sino que compromete la dimensión moral, en el sentido de que requiere tanto la advertencia de sí mismo cuanto la toma de posición valorativa de los dinamismos psíquicos y de sus direcciones de valor. Dice al respecto Nuttin:

"Llegar de ese modo a ser 'uno mismo', hasta en lo más profundo de su propia personalidad íntima, puede exigir un esfuerzo extraordinario de sinceridad y de sencillez en determinadas personas. A fuerza de no querer 'mirar' o reconocer ciertos sentimientos íntimos, la distancia y la tensión entre la

¹⁰ Al respecto, Nuttin hace una importante observación: *"Hay que tomar en cuenta también que bajo la influencia de determinadas aspiraciones personales o bajo la acción del medio educativo, muchas personas se asignan un ideal de personalidad que no toma suficientemente en cuenta la realidad total de la naturaleza humana. Puede ocurrir así, tanto porque esos sistemas o esos ideales desconocen en el hombre el elemento espiritual, como porque reniegan del elemento orgánico e instintivo. Es ahí donde hay que buscar el origen profundo de toda suerte de elementos patológicos que vienen a perturbar un desarrollo equilibrado de la personalidad. El realismo del ideal constructor de la personalidad es asunto, no solamente de eficiencia en la vida, sino también de higiene mental. Ese realismo exige un grado de sinceridad y de simplicidad frente a todos los datos humanos, que no siempre se da en aquellos que creen deben representar una elevada tradición espiritualista de vida."* (Ibíd., p.172.)

¹¹ Nuttin define la "conciencia íntima" como una esfera psíquica constituida por ciertos contenidos dinámicos relegados, precisamente, a la intimidad, en razón de no armonizar con la forma social y constructiva de la personalidad.

forma íntima y la forma ideal de la personalidad se acentúan. En virtud de esa distancia sostenida, la forma ideal de la personalidad se desarrolla en una determinada esfera de hipocresía psíquica -no decimos moral- que no es raro encontrar en ciertas categorías de personas `virtuosas', pero psicológicamente menos bien integradas."¹²

Estas tres fases pueden ser consideradas como tres objetivos fundamentales para el educador, que debe guiar, por una parte, el autoconocimiento psicológico y moral del educando que le permita descubrir su singularidad, que es la base de su misión personal y asumir su libertad en relación con ese fin último personal. Por otra parte, el educador debe favorecer el desarrollo de hábitos virtuosos que le permitan la conducción autónoma en el proceso de integración personal.

Estos objetivos contribuirán a que el educando pueda ir desarrollando nuevas formas de aspiración que concreten la propia imagen ideal y la actualización de la misma, como respuesta a un llamado y como misión que a través del actuar temporal llegue a su destino eterno.

¹² *Ibíd.*, p.168.